

La crisis y los movimientos sociales

De la indignación individual a la protesta colectiva

Jaime Pastor

Profesor de Ciencia Política de la UNED

Un artículo reciente de Ulrich Beck¹ venía a describir el cambio radical de percepción social que está provocando la actual crisis financiera, económica y social -que, siendo grave, no debería hacernos olvidar el contexto de crisis ecológica, energética y geopolítica en que ha estallado- y concluía pronosticando una creciente “revuelta contra las desigualdades realmente existentes”. Uno de sus párrafos resumía bastante bien el fracaso del “capitalismo popular” en auge durante el período anterior:

“La ideología predicaba que cualquiera podía triunfar. Esto era válido tanto para el comprador de bajos ingresos que obtenía su primera propiedad como para el malabarista que ignora los riesgos incalculables. El paraíso en la tierra consistía en que el primero podía comprar con dinero prestado y el segundo podía hacerse aún más rico, también con dinero prestado. Ésta era, y sigue siendo ahora, la fórmula de la irresponsabilidad organizada de la economía global. Ahora, en la caída libre de la crisis financiera, ambos salen perdiendo, aunque no exactamente de la misma manera. Mientras que los ricos poseen un poco menos, a los pobres apenas les alcanza para vivir. Después de haber subido, ahora el ascensor vuelve a bajar. Pero esto no amortigua la capacidad explosiva de la revuelta de la desigualdad que hoy se cuece”.

Pues bien, es cierto que empieza a haber síntomas de “digna rabia” y de revuelta en distintos lugares del planeta y, en el ámbito europeo, en países como Francia y Grecia. Sin embargo, si miramos a sociedades como la española, son (¿todavía?) escasas las expresiones públicas significativas de malestar que podemos encontrar. Conviene por tanto reflexionar al respecto, sobre todo si tenemos en cuenta que es en este “país de países” donde el espejismo de ese “capitalismo popular” –asociado al “milagro económico” derivado de la burbuja inmobiliaria- logró calar en amplias capas de la población, mientras que ahora se impone la cruda realidad de más de 4 millones de personas paradas (casi la mitad de ellas en 2008), con el porcentaje más alto de puestos de trabajo perdidos dentro de la Unión Europea y el consiguiente aumento de hogares empobrecidos o amenazados por el embargo de sus viviendas. Se produce así un brusco cambio de escenario que está generando una creciente frustración de las expectativas creadas en los años de “bonanza”, con reacciones de desconcierto y perplejidad pero no, desde luego, de protestas masivas en las calles.

¹ “La revuelta de la desigualdad”, *El País*, 4 de mayo de 2009.

Del “efecto riqueza” al miedo al futuro

No es fácil dar una interpretación satisfactoria de los factores que inciden en esta situación relativamente paradójica, pese a que aquí también se puede comprobar cierta indignación popular frente a lo que Beck define en ese mismo artículo como “acoplamiento perverso entre gestión ruinosa e indemnizaciones millonarias” en beneficio de la gente rica. Pienso que en la ausencia de conflictividad social relevante en el caso español convergen variables relacionadas con el “capitalismo popular” al que antes me he referido con otras ligadas a la fragmentación e individualización de la clase trabajadora (y al peso de la inmigrante en su seno), a la cultura sindical hegemónica o “sentido común militante”, a la debilidad del asociacionismo, de las formas más activas de participación política (como se puede comprobar en el *Barómetro Social de España* del Colectivo Ioé) y de los movimientos sociales alternativos en particular; y, *last but not least*, a la difícil visibilidad de las luchas a través de la mayoría de los medios de comunicación. A todos estos factores habría que sumar, en la coyuntura actual, la presencia en el gobierno de un partido considerado “amigo” o “mal menor” por muchos de los sectores que podrían convertirse en aliados de las redes críticas que se están esforzando por promover un nuevo ciclo de protesta y de luchas.

Sobre la incidencia del “efecto riqueza” y su combinación con el proceso de diferenciación dentro del mundo de los trabajos –reforzada por la temporalidad de la mayoría de los contratos y por la presencia de una capa trabajadora inmigrante y crecientemente femenina sobreexplotada y vulnerable, mientras que un sector significativo de la clase obrera “autóctona” ha ido accediendo a la propiedad de bienes posicionales– no creo que haga falta extenderse mucho. Todo ese proceso ha ido conduciendo a una estratificación creciente de ese “mundo de submundos” y, como la define un compañero sindicalista,² ha facilitado la penetración en su seno del paso “de la centralidad del trabajo a la centralidad del dinero”. Por desgracia, el progresivo desplazamiento a la derecha de la izquierda institucional mayoritaria y su adaptación al paradigma neoliberal dominante han favorecido sin duda el desarrollo de esas tendencias. En ese contexto parecen pesar ahora más el miedo al futuro y la búsqueda de soluciones individuales que los procesos de autoorganización o reforzamiento de las organizaciones sociales, políticas o vecinales ya existentes, sobre todo si tenemos en cuenta su escasa atracción entre las capas más jóvenes y las inmigrantes.³

Esa crisis de la identificación colectiva de clase contrasta, sin embargo, como nos alertaba ya Ralph Miliband en los inicios de la onda larga neoliberal, con la “lucha de clases desde arriba” que se intensificó con fuerza desde mediados de los años setenta y que ahora se está manifestando mediante una nueva vuelta de tuerca contra quienes no han tenido ninguna responsabilidad en el estallido de una crisis que los mismos *think tanks* del capital reconocen como sistémica. Porque hay que recordar que este país tiene el récord de paro europeo, con casi 2 millones de personas despedidas en el pasado año (la mayoría de ellas con contratos temporales) mientras el Gobierno, pese a su retórica “progresista”, aprueba planes de “rescate” no sólo de la banca y unas Cajas de Ahorro que renunciaron a su función social sino también de los sectores

² Desiderio Martín, “Apuntes para el debate sobre la crisis”, Materiales sobre/contra la crisis, *Ateneo Confederal*, nº 15, mayo 2009, CGT.

³ Esto no impide reconocer que ha habido un crecimiento de la afiliación a los sindicatos en los últimos años, como se puede observar en el indicador del *Barómetro Social de España. Análisis del periodo 1994-2006*, Traficantes de Sueños/CIP-Ecosocial, Madrid, 2008, del Colectivo Ioé. El *Barómetro* incorpora a su edición on-line las actualizaciones correspondientes de los indicadores, véase www.fuhem.es/cip-ecosocial/Default.aspx?v=128

del “ladrillo” y del automóvil, responsables de un “modelo de crecimiento” injusto e insostenible.

En estas circunstancias el peso de una cultura sindical hegemónica, basada en la “concertación social” y en la disposición a asumir la cogestión de la crisis con un “gobierno amigo”, actúa como un freno ante el cambio brusco de escenario que se está produciendo. Se da así una retroalimentación entre el proceso de individualización de la mayoría de personas asalariadas, por un lado, y la inercia de una “paz social” prolongada que las direcciones de los grandes sindicatos temen romper, por otro. Su ya repetida frase en los últimos tiempos de que “las huelgas generales no se decretan”, pese a la parte de verdad que encierran, tiene que ver precisamente con lo que sociólogos críticos franceses⁴ definen como el “sentido común militante” limitado y escasamente dispuesto a asumir un papel activo, capaz de “expandir el campo de lo posible”, que se ha ido asentando dentro del movimiento sindical organizado.

Ante este panorama la realidad que ofrecen las redes de los movimientos sociales alternativos que se han ido desarrollando en el Estado español no constituye un contrapeso suficiente. Es cierto que también aquí ha habido –y hay– un movimiento “antiglobalización” que tuvo su momento álgido durante los primeros años de este siglo XXI, seguido luego por la amplia coalición de fuerzas que se mostró contraria a la guerra de Iraq y que finalmente, por la vía electoral, logró su objetivo más inmediato: la retirada de las tropas españolas de ese país. Pero, como ha ocurrido en otras ocasiones, ese mismo éxito parcial puso broche final a esa amplia alianza y fue seguido por una desmovilización notable, sin que luego se produjera un refuerzo significativo de las principales organizaciones que iniciaron y animaron las protestas ni se trasladara esa sensibilidad pacifista a la denuncia de una guerra igualmente injusta como la de Afganistán.

Ese notable desfase es un fenómeno que ha sucedido en anteriores ciclos de la historia reciente española y tiene que ver con factores más estructurales, ligados al débil tejido asociativo existente en la mayor parte de la sociedad española –si bien con diferencias notables a favor de comunidades autónomas como la vasca y la catalana–, a la centralidad que se quiso dar a los partidos políticos desde la transición política y a la frustración participativa que ella misma generó en los sectores más activos de los movimientos sociales. Se configuró de esta forma, ya tempranamente, una “democracia de baja intensidad” y una cultura del “cinismo político” –bien documentadas en el *Barómetro Social de España* del Colectivo Ioé (véase capítulo 9)– que se han convertido en un obstáculo para la acumulación de un “capital social alternativo” por parte de los movimientos sociales críticos.

Todo ello ayuda a entender por qué la historia de la conflictividad social en el Estado español ha tenido un carácter fundamentalmente espasmódico o “guadiánico”, con intensos ciclos de luchas seguidos de otros de notable reflujo. Así ocurrió con la campaña contra la entrada en la OTAN durante la primera mitad del decenio de los ochenta, las huelgas generales de los años 1988-1994 o, como ya hemos recordado, con el movimiento antiglobalización de 2001 al 15-F de 2003.

Por último, no podemos olvidar el papel que juegan los grandes medios de comunicación en la construcción social de la realidad y en la visibilidad o invisibilidad de los conflictos. En el caso español la reducida pluralidad de esos medios y su

⁴ Sophie Béroud y Karel Yon, «Face à la crise, que fait le mouvement syndical ? », disponible en <http://contretemps.eu/interventions/face-crise-que-fait-mouvement-syndical>

dependencia de grandes grupos económicos o del gobierno de turno, junto con la tendencia a polarizar a la opinión pública en torno a los dos grandes partidos y su agenda política, contribuyen a que la mayoría de las veces sólo se hagan eco de protestas y movilizaciones cuando éstas van acompañadas de violencia física... por parte de quienes se manifiestan. Ese control oligárquico de la agenda mediática y política actúa como un marco restrictivo de la percepción de la realidad por parte de la “opinión pública” que, sin duda, dificulta la mera información de la existencia de focos de conflicto y, con ella, la difusión de los mensajes provenientes de los movimientos sociales críticos. El recurso a internet y a las nuevas tecnologías de la comunicación aparece como un espacio de contra información nada despreciable, como se pudo comprobar en momentos críticos, como el 13 de marzo de 2004; pero, como demuestran encuestas recientes, fuera de esas situaciones excepcionales, no basta para contrarrestar la capacidad de silenciar –cuando no criminalizar– cualquier forma de disenso por parte de medios como las televisiones, que siguen siendo hoy por hoy las mayoritarias fuentes de información para la ciudadanía.

Nos encontramos así con que, más de 30 años después del final de la dictadura, persiste un débil anclaje social de las redes críticas, de un sindicalismo alternativo y de una izquierda radical que, sin embargo, en países vecinos como Francia y Portugal (con, eso sí, historias específicas ligadas al Mayo del 68 o a la revolución de 1974 respectivamente) están demostrando mayor continuidad y capacidad de presión para la acción colectiva y la generación de conflictividad política y social. Si a todo lo anterior sumamos la perplejidad y el desconcierto que ha provocado la brusca irrupción de la actual crisis en sectores de trabajadores identificados con el “efecto riqueza” y ahora directamente afectados, no podemos sorprendernos de que el miedo al futuro pese más que la disposición a pasar de la indignación a la protesta.

Pero, aun con todas esas limitaciones, es innegable que la crisis sistémica actual está provocando una creciente reactivación del movimiento “antiglobalización” a escala mundial, como pudimos comprobar con los ecos del último Foro Social Mundial celebrado en Belém (Brasil) y, también aquí, con la configuración de Asambleas y Encuentros de Movimientos Sociales Frente a la Crisis que tienen entre sus principales animadores a organizaciones como Ecologistas en Acción, plataformas como “¿Quién debe a quién?”, comunidades cristianas de base o Attac, sin olvidar a sindicatos como la CGT o la Confederación Intersindical. Junto a ellos las movilizaciones que se están produciendo contra los ERE, muchas de las luchas llamadas *nimby*,⁵ las del estudiantado contra la subordinación de la universidad a los intereses empresariales o, pese a sus limitaciones, la reciente huelga general en Euskadi, parecen anunciar una nueva fase de mayor intensidad y extensión de la protesta, a la que no son ya ajenos sectores de los sindicatos mayoritarios. La campaña unitaria que se prepara desde una amplia coalición de organizaciones, con ocasión de la presidencia española de la Unión Europea durante el primer semestre de 2010, también será una oportunidad para dar nuevos pasos adelante en ese camino.

Construyendo un “sentido común” alternativo, dispuesto a impedir un cierre en falso de la crisis

Ante este nuevo escenario el potencial desestabilizador de una crisis que amenaza prolongarse y generar mayores desigualdades e injusticias, en aras de la continuidad de un sistema que “no funciona”, obliga a expandir el “campo de lo posible” ofreciendo nuevos marcos de movilización. Es en este terreno, el de lo que en la jerga del

⁵ Para una reivindicación de muchas luchas que tienen que ver con la defensa del “patio trasero” desde un punto de vista ecologista: “Sí, soy un NIMBY ¿Y qué pasa?”, de Josu Larrinaga e Iñaki Bárcena, *El Ecologista*, nº 60, primavera 2009.

estudio de los movimientos sociales se denomina “procesos enmarcadores” (“esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva”, según una definición ya clásica⁶), donde las redes críticas se deberían esforzar en volver a hacer creíble un proyecto alternativo capaz de motivar el paso a la protesta creando conciencia de fuerza colectiva entre los y las de abajo.

Se trata de una tarea nada fácil que esta vez ha de saber combinar medidas urgentes y alternativas de “alcance medio” que vayan a la raíz de la crisis. Porque en la actual coyuntura histórica los movimientos que aspiren a ser “catalizadores” de un nuevo ciclo de luchas no pueden limitarse a ofrecer una terapia “cortoplacista” frente a la crisis financiero-inmobiliaria: han de ir más allá de la misma para denunciar tanto a sus responsables como sus consecuencias sociales y, a la vez, articular propuestas compatibles con la necesidad de hacer frente a otras caras no menos importantes de la crisis global, como la ecológica, la energética, la alimentaria, la de los cuidados, la brecha Norte-Sur, en resumen, la de todo un modelo civilizatorio.

Es aquí donde encuentran su lugar dentro de un “programa de investigación-acción participativa” declaraciones como la surgida de la Asamblea de Movimientos Sociales reunida tras el FSM en Belém, con su proclama de “No vamos a pagar la crisis, la crisis que la paguen los ricos. Para hacer frente a la crisis son necesarias alternativas anticapitalistas, antirracistas, antiimperialistas, feministas, ecologistas y socialistas”. En la elaboración y articulación de propuestas frente a las distintas líneas de fractura que conforman nuestra realidad se sitúa la tarea central de los movimientos sociales en los próximos tiempos, en medio de una etapa de “decrecimiento caótico” que probablemente durará un buen número de años y que también será caldo de cultivo para alternativas populistas de derecha o netamente fascistas y xenóforas, como ya estamos viendo en la misma Europa. Se trata, en fin, de ir reconstruyendo, como hace tiempo sugería Pietro Barcelona, los “vínculos sociales” entre los y las de abajo que el neoliberalismo ha ido destruyendo.

Ese esfuerzo por demostrar que hay alternativas, que el capitalismo no es el último horizonte posible de la humanidad, que es necesario romper con su lógica irracional y depredadora si queremos garantizar la supervivencia de aquella y del planeta, se convierte hoy en una condición imprescindible para ir superando la perplejidad, la resignación y el individualismo del trabajador solitario y aislado.⁷

Pero es evidente, también, que la gravedad de la crisis obliga a plantear respuestas defensivas y unitarias capaces de hacer frente a la nueva vuelta de tuerca neoliberal y autoritaria. Esta es una labor, además, que tiene que ver con la necesidad de abandonar la política del “mal menor” cuestionando las medidas que se están adoptando desde Gobiernos como el español, pese a que no sean tan agresivas contra derechos adquiridos como lo puedan ser las de la CEOE o la derecha neoconservadora. Tenemos un ejemplo de esto en la discusión sobre la “reforma laboral”, en donde el presidente del Gobierno se quiere presentar como “progresista” frente a las propuestas de la patronal o del PP; pero, ¿acaso las medidas que adopta

⁶ McAdam, McCarthy y Zald, “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales”, en *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 1996, p. 27.

⁷ Juan José Castillo, *La soledad del trabajador globalizado*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009.

el Gobierno de Zapatero están contribuyendo a frenar el paro masivo y, sobre todo, la crisis socio-ecológica que lo provoca?⁸

Los movimientos sociales tienen que entrar, por tanto, en el terreno de la política. Pero, eso sí, para reivindicar otra política y otra forma de hacerla: una política entendida como “arte de hacer crecer lo común”,⁹ basada en la firme voluntad de extender y socializar los bienes comunes al servicio del “buen vivir”, de la convivencia en paz y en libertad entre los seres humanos entre sí y con la naturaleza y no del fetiche de un nuevo “crecimiento económico”.

⁸ Respecto a la lucha contra el paro coincido con un artículo reciente de Juan Francisco Martín Seco (“Hagamos una reforma laboral”, *Público*, 17 de mayo de 2009) cuando se preguntaba: “¿Por qué la izquierda y los sindicatos están siempre a la defensiva? La mejor defensa es un buen ataque. ¿Por qué no propugnar una reforma laboral, pero en el sentido contrario del que se está planteando? Si se quiere reducir el número de contratos temporales, el único camino adecuado es hacer desaparecer las múltiples facilidades que en los momentos actuales tienen las empresas para formalizar este tipo de contratación y dejarlo limitado a lo que siempre debería haber sido: para aquellos casos en los que la actividad a desarrollar tiene un carácter temporal”. Dar la vuelta a la fórmula que desde arriba se propone –y que no es más que otra “contrarreforma laboral” o, en el caso del Gobierno, permitir que siga creciendo el número de parados y la precarización de la condición laboral– es sin duda imprescindible en la lucha ideológica abierta actualmente. Este sería un ejemplo de cambio del “proceso enmarcador” para ofrecer discursos y propuestas alternativas que sean capaces de romper el bloqueo de “lo real como lo único posible”. Algo parecido se está planteando ya respecto al debate frente a la “socialización de las pérdidas” y las medidas a adoptar para acabar con el capitalismo “de casino” (Banca pública, eliminación de los paraísos fiscales, impuesto Tobin) y promover un nuevo reparto de la riqueza, esta vez de arriba abajo.

⁹ Monserrat Galcerán, *Deseo (y) libertad. Una investigación sobre los presupuestos de la acción colectiva*, Traficantes de sueños, Madrid, 2009, p. 198.